
Revista Iberoamericana, Vol. LXIX, Núm. 203, Abril-Junio 2003, 417-424

DE CÓMO VINIERON LOS ESTUDIOS CULTURALES
Y A LO MEJOR SE QUEDAN

POR

CARLOS MONSIVÁIS

De modos diversos, el auge (cercano o imposible) de los Estudios Culturales en América Latina revela una de las varias crisis del universo académico, urgido de renovarse y cercado por factores hostiles que incluyen las graves amenazas presupuestarias, el desempleo (es casi una hazaña obtener una plaza en las universidades, y ya es meta utópica el tiempo completo), la burocratización, la renovación caprichosa de los planes de estudio, la disminución salarial en términos relativos —se gana lo mismo y todo cuesta más—. Se vive en los distintos planos de la sobrevivencia, y no sólo en la economía: la gran mayoría de lectores (los que hubiere) de la producción universitaria son los académicos mismos, y más exactamente los empeñados en su tesis profesional. El autoconsumo (mínimo) es la contrapartida de la autocomplacencia (máxima). Generalizo pero no tanto.

Relegada en las consideraciones y las administraciones universitarias, la academia de ciencias sociales y humanidades descubre la alternativa inesperada: los Estudios Culturales, no tanto la novedad extrema como la zona experimental necesariamente indefinible donde los límites muy precisos disminuirían la capacidad de expansión y la conquista de públicos.

EXTRACCIÓN DE DOGMAS SIN DOLOR

En la década de 1970, en medio de una represión generalizada, se acelera la difusión de las teorías marxistas. Las dictaduras no son la única expresión del autoritarismo en América Latina, y al militarismo se añaden los gobiernos que razonan y votan por los ciudadanos, como ocurre, paradigmáticamente, en el caso de México. La violencia institucional radicaliza a muchísimos académicos que apoyan fórmulas violentas o vías únicas de pensamiento. El extremo: un grupo de profesores en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, convencido de que el estudio de dos libros, *El Capital*, de Marx, y *Materialismo y empiriocriticismo*, de Lenin, es todo lo que estudiantes requieren. El sectarismo domina y cientos de miles de jóvenes extraen su primera visión unificada del mundo de —por ejemplo— los manuales de Marta Harnecker.

El panorama se recompone en unos años. Las dictaduras se derrumban, la caída del Muro de Berlín en 1989 precipita el derrumbe del marxismo como dogma y como guía para la acción. Aparece la “normalidad democrática” con rasgos comunes en todos los países:

se improvisa la clase política, el autoritarismo persiste con un mínimo de concesiones, se intensifica la dependencia extrema de los organismos financieros (FMI, Banco Mundial), la violencia transforma el mapa psicológico de las urbes, el desempleo es la medida de la desesperación... Se concluye: ante el neoliberalismo no hay alternativa.

DEL SURGIMIENTO DE VÍAS INTERPRETATIVAS

El trabajo de Stuart Hall y su grupo en Birmingham es en verdad notable. Se intenta poner al día las perspectivas del marxismo ajustándolas a una visión despojada del mecanicismo y dejando atrás también la jerarquía temática tan previsible. Entra en escena una variedad de asuntos antes impensables, y a la necesidad de separar la teoría marxista del enorme descrédito histórico de la práctica ayuda considerablemente la explosión demográfica de las universidades y uno de sus resultados inmediatos: la urgencia distribuida entre profesores y estudiantes de temas más cercanos a las realidades nuevas o recién descubiertas, todo lo que trae consigo la exploración de la diversidad en el mundo global.

En la academia norteamericana los Estudios Culturales se presentan en un comienzo como moda (¡algo más legible y en rigor más apasionante que el estructuralismo!), y pronto adquieren la fama y las críticas despiadadas que afirman su existencia. Y al ser ya el posgrado en las universidades norteamericanas la exigencia creciente de los latinoamericanos, no tarda mucho la moda/disciplina académica/búsqueda confusa y apasionada de los Estudios Culturales en convertirse en la fuerza descriptiva (más que interpretativa), ofrecida al principio como alternativa intelectual de las carreras tradicionales: letras, comunicación.

Los Estudios Culturales en América Latina se han caracterizado por el equilibrio entre la despolitización con afanes de significación y la politización que ansía modernizarse. Y lo más notorio es la ausencia de la preceptiva exigida en las carreras universitarias. Hasta el momento, Estudios Culturales es lo que cada uno decide que sea. Por lo demás, el clima neoliberal lo afecta todo: impone en la industria editorial una "lógica de Mercado Libre" hasta hace poco sólo parcial, provoca el culto al *bestseller*; da por sentado que los pobres son, por naturaleza, ajenos a la cultura; deteriora al máximo las universidades públicas sin fortalecer la calidad educativa de las universidades privadas; ratifica la indiferencia ante el mundo de las ideas ("Los conceptos alejan de la realidad", asegura un dirigente empresarial de México); "canoniza" las industrias del espectáculo ofrecidas como sentido único de uso del tiempo libre.

Ante el arrasamiento, se va reconociendo sin mayor autocritica de por medio (la autocritica en las universidades es todavía técnica ocasional) la muy exigua repercusión de los productos académicos. Muy pocos en estos espacios vencen la indiferencia pública, y lo consiguen casi siempre con biografías, manuales y panoramas de época. Y se profundiza el aislamiento de la crítica y el ensayo literario, la sociología y las ciencias de la comunicación, que generan libros sólo aptos para públicos cautivos.

En función de esta coyuntura interminable, registro a continuación algunas de las zonas temáticas más exploradas en los Estudios Culturales de México.

La globalización lo afecta todo al universalizar desde la perspectiva norteamericana las sensaciones de lo contemporáneo, la actualización tecnológica, el habla general, las referencias, las modas. Sigue muy restringido el acceso a la tecnología de punta y el consumo, y se extreman las limitaciones de los que cada vez tienen menos. No obstante, la globalización dispone también de efectos positivos: promueve la tolerancia, erradica la mayoría de los grandes prejuicios o los ridiculiza en formas variadas, aproxima con tal persuasión los acontecimientos de cualquier parte del mundo que auspicia el arraigo múltiple, exhibe la estrechez de criterio de quienes promulgan lo más arcaico de los usos y costumbres, le pone sitio al asombro moralista, y así sucesivamente.

La globalización todavía no es omnímoda y acepta, e incluso exige, zonas de excepción. En América Latina persisten los grandes elementos en común: el idioma (las variantes regionales aún no desembocan en la incompreensión); la religión católica (ya no la única, claramente la mayoritaria); los ritmos muy parecidos de la americanización; el canon literario (de Martí a Borges a Julio Cortázar, de José Lezama Lima a Manuel Puig); el gusto musical (la fusión en los gustos de la música barroca y la salsa); la nueva arquitectura (si parece hotel de Texas es posmoderna); los avatares de la industria cultural.

Decrece paulatinamente lo nacional como obligación, y predomina lo nacional como gusto y acervo de referencias. Esto explica en México la frecuentación compulsiva de Rulfo y Sabines, en Paraguay la lectura de Augusto Roa Bastos; en Chile la admiración por Nicanor Parra y José Donoso; en toda América Latina la lectura de García Márquez, Paz, Cabrera Infante. Este proceso de la lectura sin distinciones nacionales ya se advierte desde fines del siglo XIX en la admiración por los poetas modernistas, Rubén Darío, Amado Nervo, Manuel Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, y continúa en la primera mitad del siglo XX con la lectura compulsiva de los narradores realistas y, entre otros, dos fenómenos: Pablo Neruda y César Vallejo. Pero esto le incumbe a la minoría de lectores que al abismarse en sus libros predilectos se sienten también sus autores. Lo de ahora es distinto, porque la globalización, ayudada por los medios visuales, al decretar lo inevitable de los valores del mercado, desdeña el consenso de las minorías y las élites y fija el nuevo criterio canónico: la rentabilidad. Lo que vende es lo que vale, se proclama, y es poco lo que puede contrarrestar la industria académica.

Desde 1990, para poner una fecha, un fenómeno conmueve o hace dudar a los constructores del canon: *¿Existe el mercado editorial!* En unos cuantos años, se implanta una construcción a la vez firme y volátil, con su corte de contratos jugosos, agentes literarios, traductores, firmas del libro, circuito de presentaciones, publicidad, marejadas de entrevistas, etcétera. El éxito cuantioso de *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel y de las novelas de Isabel Allende vuelve tangible la emoción mercadotécnica. Y este culto al mercado trae consigo diversas consecuencias. Entre ellas:

—va perdiendo importancia a los ojos de los escritores profesionales o profesionalizables la crítica literaria. La crítica que importa, de acuerdo a esta noción internacional, es la proporcionada por los índices de venta, las traducciones, la movilidad en coloquios y simposios, etcétera. La masa potencial de lectores es inmensa, y no la determina la crítica o la ilusión del canon, sino la demanda de entretenimiento. De modos directo e indirecto, esto ayuda a los Estudios Culturales más atentos a los fenómenos que a las valoraciones y la construcción de cánones.

—cunde frustración ante las dificultades de ingreso al mercado del libro. Aún si se acata, como ocurre, la fórmula de la literatura *light* (según los enterados muy ajena a la literatura, y para los no enterados símbolo del éxito), no funcionan la mayoría de los productos. Ninguno de los escritores mexicanos, con la sola excepción de Juan Rulfo, que además “acusa baja productividad”, se acerca a las cifras de un teólogo *light* de México, Carlos Cuauhtémoc Sánchez, que ha vendido tres millones de ejemplares del “catecismo del laico Ripalda”. Si hay una puerta estrecha, ésta es la que lleva a la zona de los *best-sellers*. Y los Estudios Culturales pueden analizar sin “escrúpulos de conciencia” este mercado.

—la participación creciente de las mujeres le añade un público considerable a la compra de libros. Aparte del debate sobre si existe o no una literatura femenina hay una demanda evidente por las obras de Elena Garro, Elena Poniatowska, Rosario Castellanos, Isabel Allende, Laura Esquivel, Ángeles Mastreta, Marcela Prado, entre otras. La perspectiva de género justicia la inclusión en el campo de los Estudios Culturales.

La pasión por la rentabilidad es el signo de una etapa confusa, que respeta a los escritores consagrados (habiéndolos leído o no), y no se sabe cómo explicar los nuevos entusiasmos por temas antes menospreciados. A la industria académica, la sojuzgan las imposiciones del Mercado Libre, y no sólo los autores sino también los géneros padecen. La poesía, por ejemplo, no se globaliza al ritmo de la narrativa, el ensayo literario se margina, y la crónica le cede el sitio al reportaje de investigación.

Me detengo en la poesía, ciertamente al margen de los Estudios Culturales, y sin embargo indispensable en el proceso de ubicación de una cultura. ¿Qué sucede con el género de géneros, tan dominante por más de un siglo en América Latina? Entre otras, se vislumbran estas tendencias, cuyo examen le corresponde a la crítica literaria y a los Estudios Culturales:

—el desastre educativo (fenómeno mundial) afecta a la poesía, que deja de memorizarse y de asombrar a las multitudes. Al introducir el *espanglish*, avasallante, las nuevas generaciones abandonan el sonido prestigioso y clásico del idioma, tal y como se manifiesta en Darío (“Que púberes canéforos te ofrenden el acento”), Neruda (“Antes de la peluca y la casaca fueron los ríos”), en César Vallejo (“Quiero laurearme pero me encebollo”), en José Gorostiza (“Lleno de mí, sitiado en mi epidermis”).

—la pérdida de la mayoría de los contextos (las referencias cultas) y la desaparición del sentido tradicional modifican el sitio y las funciones de la poesía, todavía en 1960, por fijar una fecha, idioma de multitudes. La “privatización” de la poesía es el más claro indicio del tránsito de los estímulos cultos.

—la canción popular —del bolero y la canción ranchera al *rock*—, sustituye a la poesía culta en muchísimas de sus atribuciones. Los jóvenes incapaces de memorizar un soneto, se saben al detalle los *lyrics* de los grupos *punk* o Queen o, desde luego, los Beatles y los Rolling Stones. No sólo son textos más accesibles y expropiables por los no lectores de poesía, son también una propuesta global.

—la “semirreligión” del Mercado Libre destruye las antiguas fuentes del consenso. Si el criterio determinante para orientarse en la lectura es el éxito, ¿quién de los escritores recientes lo tiene probadamente en la poesía? El espacio de atención de lo poético se ha disminuido considerablemente.

El desplazamiento de la poesía tiene entre otros resultados dramáticos la caída del uso creativo del lenguaje que, en mayor medida de lo que se supone, mucho le debe al recuerdo de lo poético. Lo peor del lenguaje público de hoy es su rechazo de cualquier pretensión literaria. Sin embargo, aún en medio de esta debacle globalizada, no disminuye el número de poetas que, si quieren serlo, deben construir su propio público. Ya no hay la gran audiencia que aguarda la poesía, ahora cada poeta aporta sus lectores o declama en el desierto.

A los Estudios Culturales también les compete el acercamiento a las políticas culturales, hasta hoy decididas en un noventa por ciento por los gobiernos, porque la otra gran fuerza, la iglesia católica, se demora en la censura y las prohibiciones, y aún son escasos los proyectos surgidos en la iniciativa privada y en la sociedad civil, y los partidos políticos, al respecto, o son fundamentalistas de izquierda o de derecha o se despreocupan del tema. ¿En qué se avanza, por ejemplo, en lo relativo a un mercado latinoamericano del libro o del cine, o en el desarrollo efectivo de las universidades públicas, o en la difusión que ponga sistemáticamente al alcance de las mayorías a los clásicos de la literatura, el cine, el teatro, la música? En materia de cultura, no sólo los mínimos presupuestos dan fe del desinterés de los gobiernos y la falta de exigencia social; también, en el esfuerzo por hacer presentable a la tradición modernizándola, la mayoría de las veces sólo se patrocina lo conmemorativo: el centenario del ilustre escritor o pintor, los homenajes en vida a las glorias nacionales, el reconocimiento de las culturas indígenas si prometen ser especies en extinción, el auspicio a la cultura popular que hasta ahora se resuelve, en el caso de México, en concursos de nacimientos navideños, de altares de muertos, de altares de Dolores. (Me dicen que un grupo neoliberal considera la posibilidad de un concurso de peregrinaciones con un gran premio a la más concurrida).

Y sin embargo, y éste es un tema de los Estudios Culturales, es muy poderosa en América Latina la integración cultural, en un nivel minoritario que se extiende. Lo que sucedió a fines del siglo XIX y principios del siglo XX con los poetas modernistas, se continúa con el muralismo mexicano y la poesía de Neruda, César Vallejo, Vicente Huidobro, y a partir de la década de 1960 con la atención perdurable a las obras literarias de Borges, Paz, José Lezama Lima, Guimarães Rosa, Rulfo, Juan Carlos Onetti, García Márquez, Alejo Carpentier, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, Manuel Puig, Guillermo Cabrera Infante, José Donoso; en las artes plásticas, a las obras de Rufino Tamayo, Joaquín Torres-García, Roberto Matta y Wilfredo Lam; en música a Héctor Villalobos, Silvestre Revueltas y la extraordinaria música popular. Sin embargo, por un extraño proceso selectivo, que la globalización agrava, casi se ignoran en el mundo de habla hispana las obras de los mexicanos José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo y Jaime Sabines, de los cubanos Eliseo Diego, Gastón Baquero, Virgilio Piñera, de los dominicanos Manuel del Cabral y Pedro Mir, de los argentinos Roberto Juarroz, Olga Orozco y Enrique Molina, de los peruanos Javier Sologuren y Carlos German Belli, y así sucesivamente. Y si con las antiguas reglas de juego se ha producido tal discriminación, muy probablemente el proceso globalizador intensificará el desconocimiento.

Un elemento que los Estudios Culturales ya toman muy en cuenta es el nuevo trato literario de la sexualidad. El sitio de las sociedades pudibundas lo ocupan los niveles de

franqueza que, por ejemplo, se despliegan a diario incluso en la televisión, prodigándose en el cine y la literatura. Así por ejemplo, la antigua vulgaridad, muy real y desagradable, se vuelve parte indispensable del habla pública, y cambia de signo. Lo que empieza como intento de romper la censura social por la vía de la sinceridad idiomática que en algo quebranta el control de la hipocresía, se vuelve ostentación del habla reducida a sus mínimos haberes. Y las sensibilidades negadas o aludidas eufemísticamente, salen a la luz entre otras cosas porque disminuye la vigencia del idioma que las condenaba. Entre otras cosas, se vive en América Latina una suerte de revolución semántica, donde el habla médica y la emergencia de palabras clave visibilizan lo antes sólo aludido con insultos y choteos. Antes, la iglesia católica y la Buena Sociedad erigían el silencio como gueto: “Esos comportamientos no existen ni se mencionan”. Ahora términos como *perspectiva de género*, *gay* y *homofobia*, ejemplifican el paso de lo indecible a lo asimilado por las nuevas costumbres. Esto en la literatura da por resultado otra etapa de perplejidad. Al derrumbarse la censura —su último verdugo: Internet— el tratamiento literario de la sexualidad es ya indistinguible de lo producido en todas partes, y suele convertir una conquista de la libertad de expresión en un páramo del lugar común. En lo relativo a la consignación de la sexualidad, la sociedad y las nuevas costumbres avanzan con mayor rapidez que los ofrecimientos literarios típicos. Si nadie se escandaliza hay que mudar de escándalo.

Por lo demás, en el habla coloquial las nuevas malas palabras son aquellas que obligan a ir a un diccionario (“Habló de los *estípites* y le recordé que había damas presentes”). Ahora, si alguien dice: “Me van a perdonar las señoras”, la respuesta previsible será: “Véte con tu hipocresía machista al carajo”.

—un sector de jóvenes ve en sus cuerpos a los ámbitos de experimentación y metamorfosis. El *piercing* y los tatuajes informan de la conversión de los cuerpos en *happenings* u obras de arte experimental.

—no disminuye en lo mínimo el papel central de la música como clave del comportamiento (cientos de miles quieren vivir, literalmente, a ritmo de *rock* o de tecnocumbia).

—la censura continúa fracasando. Hasta hace unos años la censura era el Super Yo de América Latina, pero a su dictadura la destruye la acción conjunta de la tecnología y el desarrollo cultural. Y a los Estudios Culturales les toca abordar el papel de la censura en la construcción de sociedades mentirosas y cínicas y en el postergamiento de la madurez crítica.

“LO QUE NO LE CREO ES QUE TENGA CLASIFICADOS SUS TRAUMAS POR ORDEN ALFABÉTICO”

Se ha modificado el mapa de la psicología social, y eso implica el desplome de un conjunto de inhibiciones y de dos *tótems* antes omnipresentes: el miedo al Qué Dirán y el temor al ridículo. Un ejemplo latinoamericano típico: los *talk-shows* y los *reality shows*, tema por excelencia de los Estudios Culturales. Al margen de la opinión que de ellos se tenga, y la mía es muy negativa por el método de humillar a los participantes, es notable su poder de convocatoria. No sólo todos se sienten con derecho a los quince minutos de fama, también, y del modo más literal posible, se cree localizar en cada persona los

elementos de una telenovela, género que viaja de la pantalla chica a las tramas vitales. No sólo —es la impresión— son demasiados los que consideran a sus vidas guiones de telenovela, sino que se ha telenovelizado su realidad.

La mujer que engaña al marido siéndole absolutamente fiel, la madre apenada con sus vecinas porque de sus nueve hijos ninguno es homosexual, el *stripper* que por sentimiento de culpa duerme con el abrigo puesto, se sienten en rigor telenovelas a la espera de patrocinadores. Dicho sea de paso, este género incide en la vida social y política, al imponerse el ritmo de las revelaciones sorprendentes como requisito obligatorio del desarrollo social. A fin de cuentas, una telenovela suele ser el relato de una pareja, una familia o un grupo atrapados en la telaraña de vínculos inconfesables que se van develando con regularidad. Por eso, la justa aplicación del término telenovelas a las historias de los hermanos Salinas de Gortari en México, de Carlos Menem en Argentina, de Fujimori y Montesinos en Perú. Son narraciones tan interminables como el abuso de poder, y basta la emisión de un programa televisivo para precipitar las caídas políticas antes a cargo de las turbas enardecidas en las calles.

“LE LEÍ UN POEMA Y ME PREGUNTÓ QUE PORQUÉ LE HABÍA QUITADO LA MÚSICA”

¿Cuáles son algunos de los territorios de los Estudios Culturales? Ha cambiado y continúa haciéndolo el ámbito de las grandes identificaciones espirituales. Así por ejemplo, de mediados del siglo XIX a mediados del siglo XX, la poesía es el género popular que, junto con la música e incluso con más énfasis, se responsabiliza de la sensibilidad colectiva, y abarca a los analfabetos que la memorizan devocionalmente. Gracias a la poesía, se descubren las potencias del idioma y las iluminaciones que una sola imagen desata. *Y era una/ y era una/ y era una sola sombra larga*. La espiritualidad en la vida secular mucho le debe a los poetas modernistas en el tránsito del siglo XIX al siglo XX (en especial Rubén Darío), y luego, en la adaptación a la modernidad, los sentimientos espirituales se nutren de la poesía de —entre muchos otros— Neruda, César Vallejo, Borges, Octavio Paz. Los poetas representan el idioma nacional y el idioma a secas, y vitalizan el idioma de sus lectores y de muchos otros. Y en esto, como en casi todo, no hay fronteras, como lo prueba la influencia de los clásicos españoles, y Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca. A los poetas les toca dictaminar los estremecimientos del oyente o el lector, y su prestigio se traslada a las canciones populares, de los boleros de Agustín Lara a los valsos peruanos.

En el territorio de los vislumbramientos que prestigian las conductas íntimas, a la poesía la complementan y en algún momento casi la arrinconan, la novela y el cine. El deseo de captar el ritmo de las sensaciones nuevas y las vías de las transformaciones personales, lleva por ejemplo a los jóvenes de los años sesenta a leer con devoción *Paradiso*, *Rayuela*, *La ciudad y los perros*, *Juntacadáveres*, *La traición de Rita Hayworth*, *Tres tristes tigres* y *La región más transparente*, las descodificaciones y codificaciones de la realidad que importa. Y a lo largo del siglo XX, el cine es sin duda el espacio de remoción de prejuicios y de creación de modelos de vida, de mitos que ajustan las sensaciones de éxito y de fracaso, de pautas de la conducta inevitable que unos meses o unos minutos antes se consideraban impensables.

¿Qué reemplaza a estos guías de las metamorfosis individuales y colectivas? Con lo anterior no digo que la poesía y la narrativa hayan perdido sus facultades genésicas; sólo apunto al hecho evidente: su influjo mítico se ha evaporado en buena medida, concentrándose en sectores de cultura libresca. Al irrumpir las leyes del mercado, la novela importa pero de otra manera y *Star Wars* seduce, pero no cambia la vida como lo hacían las películas de aventuras de 1935 ó 1940. Y el reemplazo propuesto, la televisión, posee un efecto distinto, profundísimo a corto plazo, pero carente del brillo del prestigio íntimo, no sólo por su naturaleza que consiste en hechos efímeros, sino porque su masificación impide considerarla el espejo ideal de cada persona: “Si en el mismo estanque se contemplan todos mis vecinos, yo no puedo ser Narciso”. Y si la televisión no actúa como el llamado dramático en el camino a Damasco (“Saulo, Saulo, ¿por qué no me apagas de vez en cuando?”) su condición de vanguardia se anula. En el caso de la televisión, sin duda, se cumple el lema de Marshall McLuhan: “El medio es el mensaje”. Y la mayor parte de las veces, el medio es la moraleja.

La Ciudad, inevitablemente con mayúsculas, es un tema inevitable. De hábitat o albergue multitudinario ha pasado a ser el cuerpo antropomórfico que moldea de distintas maneras la conciencia de sus habitantes, y suele tener más presencia o vigencia que la idea de nación afligida por las redefiniciones impuestas por la globalización. Esto se aplica sobre todo a las grandes ciudades: São Paulo, Río de Janeiro, Buenos Aires, Caracas, Bogotá, Ciudad de México, Lima, Quito, cuyo desenvolvimiento exige el ánimo multidisciplinario propio de parte de los Estudios Culturales. Y las metrópolis, además, contienen zonas donde lo Prohibido deja ostensiblemente de serlo.

El desarrollo de los Estudios Culturales no admite vaticinios. Por un lado lo favorece la moda (en este caso, un movimiento que mezcla afanes intelectuales y mercadotecnia académica); por otro, su misma indefinición suele fundirse con las vaguedades y confusiones de los procesos universitarios. Pero lo innegable es que su público avanza con mayor celeridad que los públicos de las disciplinas establecidas. Y el debate al respecto más bien impulsa a los Estudios Culturales.

—Al crecer la industria editorial, disminuye radicalmente la capacidad de cubrirla en la información y en la crítica, y el resultado es casi natural: es imposible enterarse de lo que se publica, y la mayoría de los libros desemboca en la zona del autoconsumo, donde se usa el reparto a domicilio de los libros a cargo del propio, animoso autor.

—La recuperación y los hallazgos de los lectores son un canon paralelo. Fuera de la moda hay libros que sólo dependen de la recomendación de lector a lector, y suele conjuntarse el reconocimiento de la crítica y el aprecio del lector.

—Lo que por honrar la estrategia de disimulo de los gobiernos se llama cíclicamente “la crisis económica”, esa catástrofe que arrasa con los deseos o las posibilidades de ejercerse como tales de cientos de miles de lectores, se vincula al culto a los medios electrónicos. Sin embargo, en medio de la contracción económica, y aún a sabiendas de lo reducido demográficamente de la minoría que lee, las pruebas de la sobrevivencia son categóricas. La primera de ellas: el número de nuevos autores.